



Sin título. Papel, resina, vidrio, petróleo y acero (detalle)

EDWIN MONSALVE

IMPOSIBILIDAD
DEL PAISAJE

ÓSCAR ROLDÁN-ALZATE

FOTOGRAFÍAS EDWIN MONSALVE

En algún momento de la prehistoria, el globo terráqueo se vio cubierto por una capa espesa de humo y ceniza. Dice la teoría evolutiva que un agente externo, uno que llegó de afuera de este mundo, convirtió el planeta azul en lo que hoy conocemos, dejando atrás bestias de enorme tamaño y una vegetación diferente, de gigantescos helechos, que al igual que estos animales, con el tiempo, se transformaron en depósitos de energía fósil que desde hace más de un siglo alimentan el avance de la humanidad hacia un lugar que ni ella misma ha podido prever.

Para su extracción, la industria y la tecnología del petróleo —palabra que proviene del griego “aceite de piedra”, como se ha denominado esta sustancia oscura, más ligera que el agua y de propiedades excepcionales— han llegado a límites inusitados. Exploraciones en las selvas, desiertos y todo tipo de geografías terrestres y marinas ceden el paso a explotaciones sistemáticas que, bajo el modelo económico mundial, dan sostenibilidad a una balanza extremadamente sensible a los cambios y tendencias del mercado contemporáneo, que tiene que ver con todo y con todos. Prueba de ello es la zozobra que en los últimos meses ha cobijado las economías dependientes de la sangre de la tierra, como llaman los indígenas americanos al oro negro.

Al igual que el mercado, el paisaje es una construcción humana. Sea simbólica o artificialmente, estamos domesticando el orbe para contemplarlo como dominio, como escenario de la vida de la humanidad. Sin embargo, la gran paradoja, inscrita en el avance de esta dinámica, es la imposibilidad misma de un paisaje que se rehúsa a ser lo que se planea de él, demostrando una y otra vez que es su propio dueño, que no

se llama paisaje siquiera, y que nosotros, la raza humana, solo somos unos más de los tantos que habitamos en él, realidad que nos resistimos a entender.

Edwin Monsalve (Medellín, 1984) ha logrado cuestionar, desde la platea crítica que le permite el quehacer del arte, lo que entendemos por real. Sus planteamientos formales, muchas veces intermediados por el trampantojo —con un manejo si se quiere descarado de las herramientas y soportes, por el virtuosismo desplegado y una astucia intelectual que amedrenta—, se ubican justo en el filo de la incertidumbre que la ciencia debe incorporar en cada una de sus disquisiciones. La noción del paisaje no es ajena a esta dinámica: los llamados de atención sobre la forma como nos relacionamos con el medio ambiente son clave perentoria en su propuesta más reciente. Asuntos que habían comenzado a brotar en sus trabajos anteriores, y que encarnan en lo ya expuesto, hoy se formulan abiertamente en un filón investigativo que toca con la sostenibilidad ambiental enfrentada al crecimiento económico.

¿Qué es real? Una pregunta que aparece día a día tan pronto despertamos, que ha tenido el poder de reformular el mundo una y otra vez, y en la cual la filosofía y la ciencia tanto como el arte son la arena de la discusión, es la misma que se esconde tras cada dibujo, pintura u objeto que Monsalve factura. Su mirada, filtrada por esta cuestión existencial, se ha centrado en la ambigüedad del paisaje. Lo ha vuelto a nombrar para cuestionarlo, para señalar la ineficacia de la poética que recubre el concepto en tanto ignoramos los límites últimos del crecimiento.¹ El medio ambiente se agota tan rápidamente que pareciera que la humanidad desconoce que no existe otro



Sin título. Papel, resina, vidrio, petróleo y acero (detalle)



Sin título. Acuarela sobre papel (detalle)



Sin título. Tinta sobre papel (glacial)



Sin título. Petróleo sobre papel
(abstracción derrame marino de petróleo)



Vista general de la Galería El Museo, Bogotá



Vista general de la Galería El Museo, Bogotá

Monsalve ha decidido dibujar con crudo; con este gesto está retando la misma cadena productiva. Va al origen, al punto de partida del paisaje construido. El petróleo, aun siendo base de los óleos más refinados, terminará por destruir el papel.

½ para gastarnos luego. Que este “medio” no se refiere a la fracción, sino al ecosistema que hace posible nuestra existencia.

Monsalve ha decidido dibujar con crudo; con este gesto está retando la misma cadena productiva. Va al origen, al punto de partida del paisaje construido. El petróleo, aun siendo base de los óleos más refinados, terminará por destruir el papel. La reflexión es mutante, cambiará y desaparecerá. Como en “Expedición extinción”,² quien se arriesgue a tener uno de estos dibujos solo tendrá la garantía de estar acompañado por un reloj de tiempo, una imagen que marcará desde adentro su deriva incierta.

“La imposibilidad del paisaje”, además de ser el título de la última exposición de Edwin Monsalve, es una conclusión; una taxativa sentencia a la humanidad por un camino recorrido en la dirección errada, con el agravante de que se ha logrado a gran velocidad.

Como pasa con la trementina, el ambiente de la galería se ve trastocado por el olor del crudo. La tierra es entonces protagonista de la puesta en escena, su tácita presencia es contundente, exacerbante. Con el pleistocénico aroma se cruzan representaciones hiperrealistas de bloques de hielo;



Sin título. Petróleo sobre vidrio (detalle)



Video

de aguas tan antiguas como puras, con las que se enfrían los océanos tras sus migraciones meridiana. Icebergs que han sido retratados con lápiz negro sobre un horizonte lejano. La perspectiva recuerda los miradores de la isla de Terranova, ruta frecuente de esta migración mineral.

La exposición exhibe una metáfora de los opuestos. Agua y aceite se encuentran, no con el afán de mezclarse, más bien con el ánimo de recordar que no pueden ni deben fusionarse. Plataformas petroleras son presa de asalto por parte del paisaje: témpanos gigantes de agua, congelada justo cuando el gran meteorito cambió el planeta, abandonan el polo para ir a la caza de construcciones monumentales que más bien parecen armazones de papel en su camino. Las colisiones son encuentros catastróficos que juntan tiempos irreconciliables. Una delgada capa negra, esta vez de la savia de la tierra, que es la misma sustancia de esos seres de otro tiempo, dueños por mucho de este globo, se derrama sobre el azul profundo del océano; una escena que recuerda el fatídico accidente ocurrido en el golfo de México en 2010, cuando la *British Petroleum Company* abrió un grifo prohibido en el lecho marino, lo que representó una de las

catástrofes ecológicas más graves de la era industrial. Paradójicamente, en el mismo lugar donde el pensamiento darwiniano moderno ubica la caída del *armageddon* del cretácico.

Resulta contradictorio que el anhelado desarrollo sea el que pone la vida en vilo. Una realidad sin tapujos nos plantea la imposibilidad del paisaje con toda su fuerza. Desde este mirador es que Edwin Monsalve desdobra su inquietud y proyecta su más reciente investigación. En esta operación se ha invertido la fórmula: este trabajo nos deja ver cómo un iceberg flota sobre un mar de crudo. **U**

Óscar Roldán-Alzate (Colombia)

Curador y politólogo. Director de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia.

Notas

¹ Tal cual han sido consignados en el trabajo del Grupo de Roma (1972) y recordados década tras década, sin mayor efectividad, por científicos convencidos de la debacle que se avecina.

² “Expedición extinción” es una serie de acuarelas realizadas entre los años 2008 y 2012. Cada una de las planchas, que recuerdan los dibujos de la Comisión Corográfica, fue realizada con clorofila extraída de las plantas referidas, razón por la cual se van desvaneciendo paulatinamente por efecto de la luz.